

Un viernes

‡

DANIEL MALGUSTO



Un viernes

‡

DANIEL MALGUSTO

En ese piso murió Daniel me dice Álvaro, apuntando a una de las pocas ventanas iluminadas de Salitre 32. Desde la calle se alcanza a distinguir un gomero triste y un tendedero sobrecargado de ropa interior.

Escrito en el contexto del Trabajo final del
Máster de Formación Permanente en Artes y
Profesiones Artísticas UC3M–CBA.

Primera edición: Madrid, mayo 2026.

Agradecimientos a Gret y Walter por el tiempo y el amor incondicional, a Bea por todo, en especial los detalles, a Paz y David por las lecturas, a Isa por hacer todo más fácil, a Marce por los abrazos, a Lu por los mates, a la Piña, Leo, Rodrigo, Raul y Álvaro por las miradas, a Roberto, Jack y Julio por la inspiración y a todos los que se tomaron el tiempo para tener las conversaciones.

Con los dedos forma un barquito donde con extremo cuidado ha ido amontonando una pequeña pira fúnebre de tabaco. Busca el filtro que dejó al alcance en la hélice de la oreja, mientras confía que el papelillo, almacenado detrás de su otra oreja, no vaya a salir volando.

Adentro suena *No Fun* de los Stooges y la patrulla que había estado inundando toda la calle de esa luz azul está por perderse por Santa Isabel.

Cruzo al Isla Negra.



María del Mal baila *Chica de humo* con un porro en una mano y un tenedor en la otra. Entre paso y paso va por los cuadrados cuidadosamente porcionados de la tortilla que se desparrama sobre la barra a paso volcánico. Durante los coros la Dani se suma a la coreografía mientras va armando otro porro con su sistema que aún después de observar decenas de veces no logro descifrar. Sólo sé que involucra un cigarrillo al revés. Blanca muele caños.

La Dani muele palta.

La Dani pica tomate.

La Dani me dice que el chucrut *es del Prima Prix, a 3€ el tarro. Que dura harto, que está bueno.* Me lo pasa abierto. Huele a almuerzo de domingo invernal en casa, cuando mi mamá lo preparaba con papas, unas bratwurst y yo lo bañaba todo en mostaza dijón hasta perder toda sensibilidad en la lengua. Formas de hacerle frente al día de mierda que había afuera.

Del hornito sale olor a pan tostado.

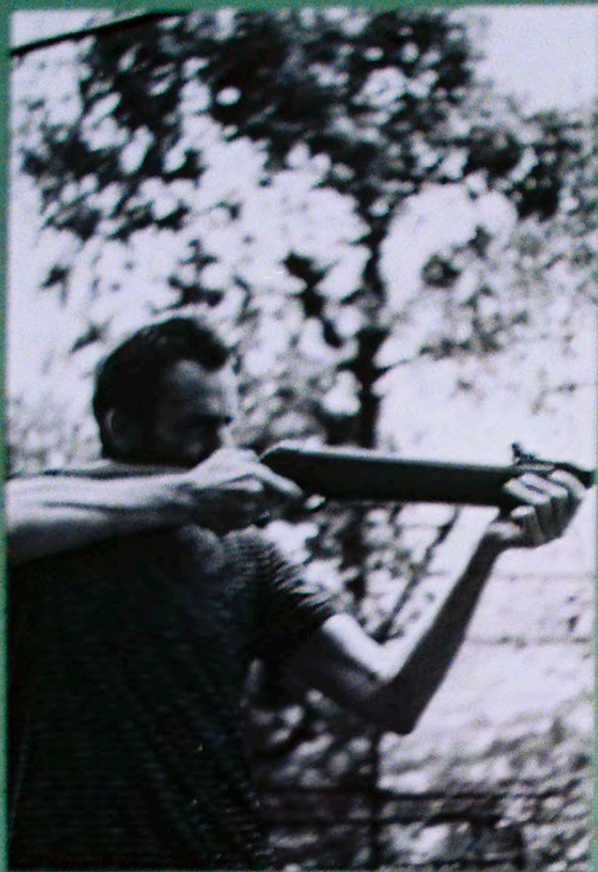
El baño del Isla Negra es de los pocos que no tiene nada rayado. No sé si eso habla bien o mal del lugar. Cada vez que bajo a mear me veo tentado a romper la tensión superficial. Creo que no lo he hecho porque nunca llevo un sharpie, ni una pegatina elocuente. Hoy pienso *quiero vivir una temporada en un refugio flotando sobre las nubes, escrutando el horizonte para evitar los incendios forestales*. Otras veces meo y estoy en blanco. *Hay un hueón que siempre mea afuera de la taza, estoy segura que lo hace a propósito, por eso ya no lo dejo entrar acá, maldito pijo dientes blancos* me dijo la Dani alguna vez.

Me lavo las manos, me mojo la cara. Meto 2 dedos detrás del espejo y me encuentro con un papel de cuaderno doblado, dos pliegues. Hace meses que nadie había dejado nada en el buzón del Isla Negra. Abro el papel y se cae una foto al lavamanos. El texto no ocupa más de media página.

Extraño a John. Nunca lo veías llegar, de un momento a otro simplemente estaba ahí, corroborando que su guitarra siguiera afinada. Cuando John se iba sí lo veías. Si bien caminaba levantando el cuerpo un poco demasiado, como dando pequeños saltitos, lo hacía con la tranquilidad de haber hecho el mundo un poco mejor. Nunca doblaba y podías seguirlo con la mirada durante cuerdas. John se tomaba su tiempo para afinar, y uno ahí especulando qué canciones tenía pensado tocar, o cuáles le podías pedir. Las noches interesantes eran las de pocas mesas ocupadas, y cuando todas pasaban de los Beatles. No es que los Beatles estuvieran mal, era su repertorio, y nunca tocaba más de una o dos obvias, pero es que los Beatles le gustaban, y algo pasaba cuando John se metía en Zeppelin. O los Stones. Y especialmente en los Doors, que le despertaban una profunda tristeza, y podías presenciar una versión desoladora de *The Crystal Ship*. A la Javi le sacó más de una lágrima, aunque no recuerdo con qué canciones habrá sido. Tampoco recuerdo dónde fue la última vez que lo vi. Probablemente en el Lomit's o la Terraza. Pero recuerdo que antes de partir con una servilleta de esas que no sirven para más que esparcir la mayonesa por la mesa hizo una pequeña flor, entre cala y tulipán, y se la extendió a la Javi con una sonrisa de niño. Así como la conozco, la sigue teniendo sobre el arrimo de la entrada de su casa.



No sé qué será de John. Lo imagino caminando en línea recta pasando por todos los locales cerrados, evitando los que tienen animadores y parlantes con luces, buscando algún sitio abierto con borrachos melancólicos.



Las últimas dos fotos de Álvaro Tinajero que se conocen.

A Álvaro ya lo había visto varias veces en Salitre. Por lo general me lo topaba afuera, moliendo tabaco con papeles y filtros guardados entre pelo y orejas, muy atento a si la conversación que lo rodeaba requería una intervención o no. Recuerdo muy bien el *una vez más lo que sucede es que tú estás profundamente desorientado* que le dijo a Carlo antes de indagar en el materialismo dialéctico según nosequien, proceso en el que perdió mínimo dos filtros y unos cuantos papelillos más. Fue el día que Carlo nos presentó formalmente. En ese momento pensé que había sido demasiado protocolar, que ya nadie se presenta así, pero ahora, con la amistad que se ha desarrollado a partir de ahí, y sin saber del desaparecido de Álvaro hace ya varias semanas, me parece que era la única forma posible.

Las otras veces que había visto a Álvaro estaba instalado en la barra, los días de mayor afluencia y caos. Siempre leyendo un libro, como sabiendo que así nadie lo molestaría, todos estaban demasiado ocupados con sus propios espectáculos.

Ese día me enteré que (1) Álvaro es químico farmacéutico, trabaja en un sitio que no es importante, haciendo algo que no tiene interés, (2) maneja una Montesa Enduro negra del 78, y (3) *Luces de Bohemia* no puede ser llevado a escena, pero que sea cual sea el crimen que se cometa en su contra,

el texto sobrevivirá.



Creo que es la cantina de la esquina la que está inundando toda la calle de un dulce olor a ajo.



Una de las cosas que más me gustaban del Berri era que sabías si estaba abierto o cerrado por el pequeño neón azul que se alcanzaba a distinguir desde la cuadra anterior, desde Villavicencio. Un poco como pasa acá con el letrero de Mahou de Salitre o del Isla Negra. Si estaba apagado, aún estabas a tiempo para cambiar de ruta, o hacerte la idea de que tendrías que seguir hasta el centro o cruzar a Bellavista.

El Berri estaba ubicado en la esquina donde Lastarria se convertía en Rosal y donde la peatonal que nunca supe si tenía nombre o no te encaminaba hacia el Parque Forestal. Era un sitio lúgubre, que aunque abrieras ambas alas de la puerta art nouveau que Eduardo había rescatado y ajustado para el acceso, adentro seguía siendo una tarde de otoño permanente. Los muros no ayudaban, estaban pintados de un azul oscuro, y estaban cubiertos por cuadros reliquias familiares de Eduardo mezclados con regalos que la clientela había ido dejando a lo largo de los años: batallas olvidadas por la historia se mezclaba con retratos de ancestros, con paisajes bucólicos y banderitas —la croata sobre la puerta al primer salón aledaño, la Ikurriña montando guardia sobre la mesa del fondo, la de Magallanes cerca de la ventana donde alguien había escondido un cenicero de emergencia— que los comensales habían traído para hacer un poco de patria. Dónde te instalabas dependía el motivo de la visita: si ibas con amigos era la mesa justo entrando a la derecha, o una de las dos ubicadas frente a la barra, así los que salían a fumar podían hacerlo sin interrumpir la conversación del momento, si ibas después de alguna función te instalabas en el salón de la derecha, donde muy probablemente terminabas desgranando la obra con la gente de la mesa de al lado, que venían de ver lo mismo. Las citas eran en el segundo piso, más lúgubre pero elegante que el primero, el decorado permitía romper cualquier hielo (o te dejaba disociarte fácilmente si la conversación era un letargo), y los garzones eran más discretos y cómplices que los de abajo. Si quedabas para un schop antes de seguir camino te quedabas en la barra, donde no se podía estar, pero que después de haber ayudado a echar a borrachos violentos, acompañado a clientas al auto porque ya se había hecho demasiado tarde y haber fumado

innumerables cigarrillos a puertas cerradas discutiendo hasta las tantas de las madrugadas —sobre Aleister Crowley, la cosmovisión maya, coordinando el asado del siguiente fin de semana, los fascismos del gobierno de turno, el fin del mundo— te habías ganado el derecho a quedarte ahí para un schop, o dos. Sobre la mesa de la esquina había un pequeño cuadro con dos postales de amargos y ciudades italianas, y si pasabas la mano por el borde lograbas sacar el papel que Alguien había dejado ahí. El último que encontré antes de que cerrara Berri decía en bic azul, a mano, con caligrafía casi escolar *me paso la vida misma en estas tabernas, colmadas por su notable ausencia, y basta que me salga de esta ciudad infiel, para que hagan acto de presencia, todo es terrible. A.T.*

Y bueno, cuando pasaba frente a la fachada tapiada con el anuncio de Pronto aquí, nuevo Lab Creativo, mucho antes de yo también salir de esa ciudad infiel pensaba, cuanta razón tienes querido Álvaro.

Este fue el primer buzón que encontré.



Apenas llueve. Tengo tiempo. Me fumo la cola que dejé entre las soldaduras de la reja anoche al llegar. Por lo mal armada que está, creo que es la mía al menos. Está seca y da para más de dos caladas. Tiro la colilla contra el cartel de Se alquila de la misma ventana. Salgo.



Aún estoy a tiempo de pasar a saludar a Santiago antes de que cierre. Lo veo haciendo la caja en el pequeño espacio de la puerta de acceso que no está tapizada en afiches de talleres literarios, conciertos y micrófonos abiertos, pegatinas de from the river to the sea, y convocatorias a marchas anticapitalistas. Santiago me saluda con la sonrisa de siempre, y me confirma que *El libro del sol nuevo* sigue agotado, pero que está a la espera que le responda un amigo desde Tanger, que me pase la próxima semana. Aprovecho de revisar la estantería giratoria de Debolsillo, pero no se me aparece nada nuevo. Además tengo que terminar con *62/modelo para armar* que sospecho que Carlo me lo va a pedir de vuelta muy pronto. Es la hora que más disfruto en Sin Tarima,

vacía.

Tengo las puntas de los dedos sensibles. Juego frotando la yema del índice con la del pulgar de la izquierda. La derecha todavía la tengo tranquila. Cuando pica la derecha escribo. Cuando pica la izquierda escribir no sirve. Ahí se requieren otras medidas. Bajo a Bodegas Alfaro pero Nieves está recién fumándose un pucho antes de ponerse a subir las cortinas metálicas por lo que vuelvo a subir, y termino instalado en el Santa Isabel, en la mesita que ponen en el umbral.

Por eso es necesario que lo hagas, aunque sea triste, tienes que parar de huevear y publicar el puto libro escucho desde lejos cuando me caen Laszlo y Segundo Rodríguez Castro. El segundo viene retando al primero porque después de meses sigue haciéndole ajustes a la selección de textos, poniendo, sacando, borrando, que ya no quiere incluir las partes de su ex, como si no se tratara todo de su ex. Entre los malarmados tabacos de Laszlo —*hueón no tengo tiempo, nos llamaron de*

Copiapó pa' ir a presentar la obra y estoy a full con los ensayos— y las sin alcohol del segundo, —que está en su detox anual, o *estoy con unos remedios por el codo, si los mezclo con trago me voy a la chucha*, una de esas dos era— nos tomamos dos dobles y nos pusimos al día. Veo pasar a Mariaemilia, que se detiene un segundo hasta que me reconoce en el reflejo de la puerta, sonrío y saluda con la mano. Va con su trench largo casi acampanado del cual solo asoman su flequillo y la nariz, las puntas de sus Superstar, una enorme bolsa de compras y dos dedos sosteniendo una cola. Última calada, la tira por ahí, entra a saludar. Principalmente analizamos sus compras: dos bandejas de gyosas *que estaban en promo*, lejía, una litrona, un shampoo que compró expresamente por el dinosaurio guiñando el ojo del envase, una barra de pan, y unas papas. Tenía antojo de unas milanesas y en verdad solo fue al super por las papas que le faltaban para el puré, el resto de la compra fue más bien impulsiva. Nos despedimos, pagamos y pasamos por la Consentida del Doré. *Parto a Hornopirén mañana, vamos a limpiar un camino de tierra, y aprovecho de ir a pescar*. Dos vermú, una sin alcohol, y dos gildas por cabeza: un matrimonio y una de gambas. *It's like he would never shut up*. La calle está demasiado saturada, con demasiados gringos y su volumen, por lo que volvemos a probar suerte en Alfaro. Mesa del fondo y más vermús, que ahí los sirven con una botella licorera sin etiquetas. Para no interrumpir la tradición, pedimos un canapé de sarda para cada uno. *Estoy sacando unas truchas de este volado. ¿Hueón tienes datos en Copiapó?, no me fio del dealer que me pasó el Moisés* siguen Laszlo y Segundo Rodríguez Castro en su conversación frenética, y termino disociado en la capa de aceite de oliva que va dibujando fractales tornasol sobre las lonjas de caballa roja marrón casi negra. Álvaro sigue perdido.

Tres sombras se alargan sobre los muros de los Tres Peces.
Antes de hacerse distinguibles, se desdibujan.

Esquivan charcos.

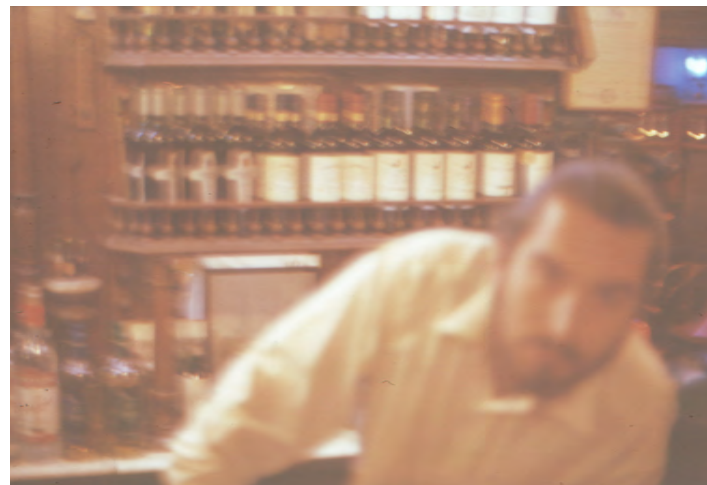
Laszlo entra a Salitre gritando ¡*Dos piscolas!* y luego a un volumen normal y casi decepcionado ...y *una sin alcohol* antes de abrazar a Juan por encima de la barra. Lo seguimos y nos hacemos un espacio entre barra, cocina y baños, donde está el escalón que te levanta y deja ver por encima del resto.

Laszlo le mete conversa a Bruno, que está esperando unas empanadas de pie, por lo que cuando se libera la mesa nos instalamos bajo el enorme afiche de un sonriente Bowie ochentero. Bruno nos cuenta entre mascadas que es músico —de los que se saben todos los acordes y linda voz, me entero cuando reviso las redes— y en una semana parte a las islas. Durante los últimos años había hecho todos los cursos existentes y era capitán. Se iba a hacer la temporada a las islas, y si todo salía bien, este año iría a Croacia. Bueno, si todo salía bien iría a Croacia y terminaría de mezclar su primer disco solista.

Camino a casa paso por Tirso, donde Pedriño está pasándole el paño a la barra. *Sí sí, pasa pasa* me responde cuando le pregunto si está para un botellín antes del cierre.

Santa Isabel no tiene buzón.

En Bodegas Alfaro hay un rollito de papel con la frase *Vivía al lado del motel Pajaritos* con el resto rajado y una foto de un fantasma.





En La Consentida hay dos pegatinas (de una editorial nueva y un pequeño volcán andino sonriente), una cajetilla de Marlboro Rojo aplastada con 4 cigarros rotos adentro, y tres colillas: dos de del mismo Marlboro y una de Viceroy, manchada con labial burdeo casi negro.

En Salitre dejaron dos poemas, ambos escrito a mano con caligrafía elegante si bien un tanto ebria. Ambos poemas deben pertenecer a la misma persona anónima, aunque no llevan firma.

(1)

alcanzó a conocer un ángel.
la manifestación malhumorada, fumeta,
y con alma de goblin de un ángel,
pero lo tuvo ahí,
cuidándolo con sus infinitos engranes y
cuidándolo con sus cadenas de ojos alados

(2)

aquí me van a odiar, porque tuve suerte.
hay lugares donde te detestan solo por haber tenido suerte.
hay lugares donde la suerte no llega.

El buzón de La Taberna de Carmiña estaba vacío.



Carlo volvió esta mañana de Asturias, quedamos tipo ocho en lo de Pedriño. Nos gusta A Taberna de Carmiña porque queda en el borde de todo. Está en el centro rodeado de podologías y clínicas dentales, pisos turísticos ilegales, Humanas y congregaciones. No alcanza a estar en Tirso realmente. No alcanza a ser parte de Lavapiés tampoco, ni de La Latina. Emergido hace unos meses casi espontáneamente como un punto de hidratación en un cruce de ruta, donde solo un navegante gallego idealista del siglo XIX podía ver una oportunidad, imaginando el origen de una antigua ciudad medieval, y lentamente su taberna se había ido llenando con vecinos cansados, viajeros que recién llegaban o estaban por irse, foragidos, mercantes o, como yo, gente que tenía que esperar el bus, y una Estrella Galicia, dos Estrella Galicia después llegaba tarde pero un poco más liviana a destino.

Nos despedimos de Pedriño y vamos al Parrondo, donde Miguel despotrica contra el noventa por ciento de la humanidad mientras de fondo está Evaristo *¡Ay ho, ay ho, al bosque a trabajar, los enanitos buenos tenemos que currar!* El ambiente está bastante más espeso que cuando está la Flaca y deja sonando a los Heptones o a Curtis Mayfield. *¡Esos gilipollas hijos de puta han matado esta ciudad! ¡Y ahora la están rematando en el suelo!* Un parroquiano canoso y de aros grandes asiente en silencio mientras desliza un doble sin presión sobre la barra siguiendo los trazos de espuma.

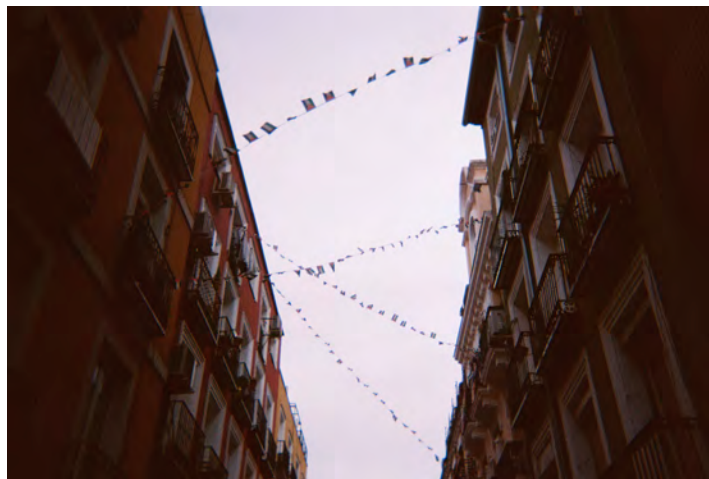
Antes de ir a Salitre a por un sandwich de milanesa pasamos a saludar a la Dani. Está afuera del Isla Negra, fumando un puchito con Jean que volvió hace unos días de Chile y anda deprimiendo a todos con el testimonio de lo que está pasando, con justa razón. Un doble, y Salitre.

Una chica de unos treinta años cruza a los contenedores de reciclaje. Va en pijama, un abrigo de animal print con la solapa de plumas levantado y un perro chico de la misma textura bajo el brazo. Deja un macetero con dos pequeñas hojas de monstera al lado de los contenedores.

Nos topamos con la María y dos de sus alumnas de la clase avanzada de flamenco en la entrada, bajando de la intensidad de un ensayo particularmente complejo. *¿Cómo están esas cuerpas?* saluda María entre abrazos y pasitos de cuarteto. *¿Un fernecito?* Por motivos que sólo puedo atribuir a lo astrológico, la mesa que siempre estaba ocupada vuelve a estar disponible. En un momento de calma Juan deja sonando The Cure, abandona la barra y se sienta con nosotros mientras se arma un tabaco. *La otra semana vamos a estar cerrados unos días. Me voy a Valencia voy a ir a ver a Las Mentiras, que tocan por allá, ¿los viste? Another perfect lie is choked.*

But it always feels the same.

Juan que vuelva a estar en la barra, está poniendo todo lo antiguo de los Fontaines DC, nos despedimos con un guiño de ojo. Me saca una risa cuando le escucho dirigir un *a vos no te conozco* a una de las chicas que acaba de entrar.



En el Olivia suenan los Happy Mondays. *Ya pero hueona yo tengo un saco pa' prestarte. Pero si yo tengo saco de dormir. Ya pero yo igual te puedo prestar.* La Castillo y Leo organizan un paseo a la sierra para el fin de semana. *¿Oye y al final quién más va? God made it easy. ¡Llevemos las raquetas!* Por la cantidad de botellines que hay sobre la mesa de organización esto tiene poco. Además, ninguna de las dos está tomando nota de nada. *Voy a llevar mis acuarelas. God made it easy on me.* Leo nos susurra gritando que la chica de la mesa de al lado está guapa, y por como la mira de vuelta, parece ser un sentimiento mutuo. Entre los camareros trapeando y subiendo sillas a las mesas las dos se ponen a conversar y nos encaminamos a Salitre.

Cerrado.

Cruzamos a La noche boca arriba. Apenas entrando me sorprende la Pájaro bailando danzas tribales frenéticas y saludando con *¡Mañana me voy pa' Córdoba!* Tenía la idea que ya había partido, que se supone se iba por pega, pero en el fondo era una excusa para ir a ver a unas amigas. *I need a hero.* Lo que no logro aclarar es que si era Córdoba Andalucía o Córdoba Argentina. *When you're ready, we can share the wine, call me.* Cuando todos quieren seguir en el 33 me atraso un poco y arranco por el Olmo. La reja está hasta la mitad como siempre a esta hora, pero entre el humo la Dani me hace señas que entre. *Y volveré, como un ave que retorna a su nidal. Verás que pronto volveré y me quedaré.* Adentro sigue la conversa con Jean. *Por esa paz que siempre, siempre tú me das.* Nos quedamos hasta las seis, entre cortos de pisco y Los Ángeles Negros.



Con la batería en rojo pero con carga suficiente me voy con el Unplugged de Los Tres de fondo. El macetero ya no está. La parte alta de los edificios está pasando de ese monocromo nocturno a tomar algo de color. El kebab de la esquina.

Cerrado.

Antes de irme a dormir desayuno las 6 gyosas de cerdo con cebollín que quedaban desparramadas por el freezer. *En la cocina hay olor a gas.*

Del buzón del Carmiña rescaté un pequeño talismán de greda,
un pequeño chanchito oscuro de tres piernas.

Dicen que trae suerte.

En el Parrondo Carlo dejó una copia de lo que ha estado
trabajando, un pequeño fanzine que lleva por título Me aburro,
espero que te aburras tú también. Encontramos un mensaje
de Álvaro. *Estoy en Alejandría. Mañana tendré la gasolina. ¡Nos
vemos libres!* Además había un poema escrito a mano del cual
no se entendía la mitad de las palabras.

(suponemos que dice esto)



la paleta de colores es la correcta
somos cómodos,
interpretando papeles secundarios

viéndonos desde el cielo
sin urgencia
entre sábanas deshechas
acariciando cuerpos como paraísos

Portishead no para de preguntar ¿cuántas horas se pueden
perder en una cama? dejar que el cálido viento de enero
juegue desinteresado, con la gastada esterilla que casi
ni tapa la ventana abierta

trae el olor de alguien picando cilantro, nos hace soñar con
un campo perdido, caminar por pasto cortado oliendo a paja
esperando ser recolectada

volvemos en metro

recordamos los cipreses

ya eres mi musa
entre tantas fotos de reojo
contra muros subexpuestos,
contraluces y fueras de foco

El resto de las cosas de esa noche son: en Salitre una cajita de dulce de leche y 7 servilletas arrugadas. Al abrirlas —sí, las abrimos— una tenía un número de teléfono con un prefijo internacional que no reconocimos y otra un mensaje escrito en bic rojo:

ojalá puedas quedarte hasta el final

En el Olivia casi nunca dejan cosas, cuando lo hacen es bajo la barra. Hay una cuenta de un restaurant indio con el cálculo de cuanto paga cada quien. Atrás dice

más mala que dios,
más lista que dios,
más poderosa que dios.

Además hay una postal.



El buzón de Isla Negra —una versión ahuecada de *Las Dos Torres*— había desaparecido.





El Isla Negra es un bar de gente sola, en mesas solas,
y a veces entran las niñas del barrio y regalan golosinas.

Ponemos *Sodade* de Cesaria Evora,
y nos quedamos en silencio.

Alguien reemplazó el buzón robado con un ladrillo ahuecado.
Adentro está el menú del día del Cuzco Lupita.

Cuando parto a casa creo ver la Montesa Enduro negra de
Álvaro perderse por Ave María.



A Carlo y a Mariaemilia los conocí con una semana de diferencia. *Chileno, ¿cuál es tu dinosaurio favorito?* fue la primera pregunta que me hizo Mariaemilia. En el escalón escondido de Salitre me contó que de chica iba a todas las noches de museo y con su saco de dormir se instalaba debajo del esqueleto de su dinosaurio favorito, el Patagotitán. *El saco de dormir obviamente también tenía dibujitos de dinosaurios.*

Fue uno de los pocos días en que no nos movimos, que nos quedamos ahí hasta el final.





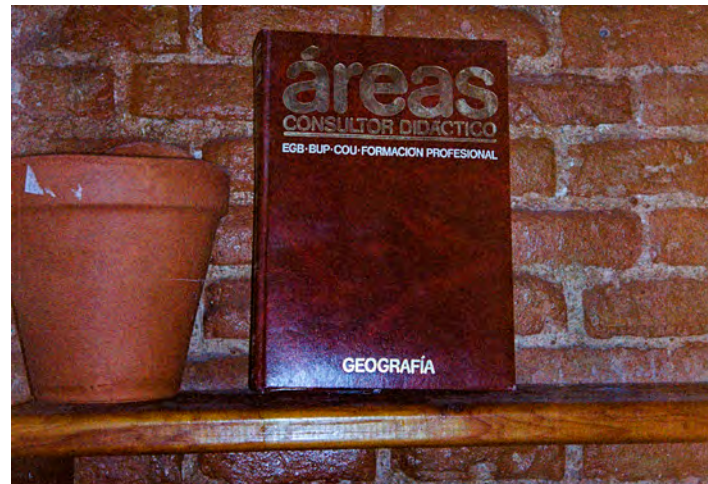
Cuando llego a la sala ya estaban conectando cables y de los cacharritos —dos Moog, el Pulsar y el Soma Rumble of Ancient Times, unos Korg, un sucedaneo barato pero efectivo del Roland TB-303 y una serie de módulos montados en una maleta— hay tres sonando. Segundo Rodríguez Castro está mirando fijamente las lucecitas que van bailando por encima de las interfaces y después de un momento de profunda reflexión mueve una perilla apenas y deja sonando un pulso crepuscular. *Eso es.* Carlo sigue buscando algo en la caja de ritmos. Conversan con la mirada fija en las máquinas. *¿Pero no se supone que finalmente se irían a vivir juntos?* Estamos en el subterráneo de la galería de Segundo Rodríguez Castro, arriba Diego está exponiendo los dibujos que hizo durante su último Camino de Santiago. *Le salió la beca así que todo se está yendo a la mierda.* Asumo que hablan de Lisa, pero tal vez ya hablábamos de alguien más. Conecto los pedales, conecto el ampli, tiro una línea a la mesa de grabación. *¿Y para dónde dices que se va?* El ampli está bastante apaleado pero desde que le cambiamos los tubos, volvió a sonar como un abrazo calurosos. *Amberes, una residencia para que siga con sus hueás de esculturas de papel maché* dice Segundo desapareciendo por la pequeña puerta lateral y volviendo con tres tercios congelados. Brindamos con el pulso y ruido blanco de fondo.

Segundo toca la trompeta, Carlo está en sus cajas de ritmo, yo hoy me quedo en el bajo. Todos vamos ajustando cosas en las maquinitas. No hablamos.

Después del ensayo nos vamos al Bar Antonio, a unas cuadras de la galería. Ahí se nos suma Laszlo y cruzamos hasta Tribunal y tomamos el metro en dirección Lavapiés. El Isla Negra está caótico. Los flamencos de Antón Martín se tomaron la mitad del local. En la otra mitad Jean está discutiendo con el Javi *no se puede tocar buen jazz sin ser un buen cocainómano*, Wajed está apoyado en la barra sin soltar su celular. ¡*Aquí nadie está enamorado!* La Elo que se había alizado el pelo ya volvió al ondulado de siempre. En algún momento llega Terry con todo el grupo de Desperate Literature. *Cuando me desvelo salgo a patrullar. Por lo general, a esa hora maldita en que los bares cierran.* Piden vino. Siguen en dirección a la casa de alguien.

En algún momento echamos a todos, y nos quedamos con Laszlo. Aparece Blanca y María del Mal con los chicos del Coco.

No sé qué hora es, afuera llueve. Reviso el buzón. Un mensaje sin firma. *La suerte está echada, los espero en el pueblo.* Mañana me tengo que largar de aquí.



Esa fue la última noche que llovió ese año.
Los relámpagos iluminaban el cielo y Madrid era hermosa,
aunque significaba llegar completamente empapado a casa.

Unos días después aparecieron las moscas.



Primera parada Ourense, después Santiago, después el pueblo.

No es final del viaje, es final del trayecto. A ver si vienen aprendiendo algo y haciéndolo bien. Le ofrecen el paso al señor. *No, no, que pase la niña, que es una campeona.* El trayecto dura poco gracias a mi puesta al día con *Bonsai* de Zambra, aunque la abuela con la madre y la hija y su caja de pizza humeante tenían al vagón completo muerto de hambre.

Aunque solo lo cruzo por segunda vez, siento algo familiar en el puente romano. Al igual que la primera vez, ese cosquilleo por tirarme una bombita al Miño.



Apenas dejo la mochila sobre la cama del alojamiento me entra el mensaje que están abajo. Mientras seguimos los meandros del Miño la Vale me cuenta de Coyhaique *nos cagamos de frio pero puta que es lindo* que estuvieron hace apenas dos semanas visitando a otra de las hermanas. Habla tan igual a su hermana.

La Vale llegó hace unos años después de mandar a la mierda todo lo que debía ser mandado a la mierda. Llegó a Hungría, durante su primera temporada conoció a Rafa, y dejaron atrás Budapest para instalarse en el pueblo de él, en las afueras de Ourense. Rafa trabaja en la Cruz Roja.

Me llevan a la taberna Papuxa. *Que está guay, es del siglo XII.* Recién está abriendo, solo hay una mesa ocupada por vecinos y un chico toca la guitarra para si mismo. *Es que es un concierto íntimo* se ríen. En Papuxa están prohibidas las fotos, lo que lamento. El sol logra colarse apenas por la pequeña puerta, pero alcanza a rebotar hasta el cielo abovedado, como pintado por Goya. Lo agradezco también. Nos dedicamos a disfrutar el olor de la tierra, y recuerdo las velas ante las cuales en este salón han brindado amigos, han celebrado matrimonios y han apuñalado a más de alguno. Y recuerdo más que nada los festines que se han dado en esa larga mesa al centro y le sacarían una sonrisa al mismísimo Óbelix.

Nosotros también brindamos, y recordamos en silencio con rodajas de puerco celta picante.

El lodge está ubicado en un extremo del claro de un bosque que estoy seguro existe fuera del tiempo. Llegamos un poco antes de que la luna se pierda entre las nubes. La piscina principal está a treinta y nueve grados y con todos los minerales tiene un color casi lechoso. Al igual que en Papuxa, está prohibido sacar fotos.

Floto, y me pierdo.

Solo recuerdo los árboles que nos miraban desde las alturas. También recuerdo que los buhos no son lo que parecen, aunque probablemente me esté confundiendo de historia.

No se ve el Miño, pero seguimos flotando sobre su serpenteo a lo largo de la carretera nocturna.



Despierto sin alarma. Queda algo de olor mineral, y unos recuerdos vagos de haber flotado como huevo pochado en líquido amniótico geotérmico. También aparecen algunos destellos de un legionario romano, flotando en las mismas aguas, intentando olvidar los horrores de los Bosques de Teutoburgo.

Me ducho con CSI sonando de fondo desde la tele. Grissom cree haber resuelto el caso, y están por echar abajo la puerta del terrorista que anda envenenando a la gente con sus conocimientos de farmacéutica.

El grupo de jubilados, honrando sus ancestros celtas, votan a mano alzada qué menú pedirá el grupo. La garzona mueve sillas y mesas, el garzón cruza la calle con dos botellas de Ribeiro Marqués de la Papa en una mano, y todas las copas posibles en la otra. Los viejos siguen de pie. Uno con contextura de haber sobrevivido a varios infartos ya se pasea con un plato en la mano asegurándose que todos los viejos vayan probando las diversas tapas. Las señoras sí se sientan, y conversan sedientas atentas a la puerta. Sobre la mesa todas sus copias vacías. De fondo la Iglesia de Santa Eufemia da las tres. O tal vez es una de las otras iglesias del barrio. El vino se les acabó, y los jubilados siguen cuesta arriba a la siguiente parada.



La chica le tira pedacitos de pan a los gorriones sin hacer caso a la conversación del resto de la mesa. *A ver si esto es un bar o qué.* El resto de la mesa se quedó en silencio y también le tiran pan a los gorriones. *Eso dicen.*

Recuerdo algo que me dijo la Vale mientras flotábamos:

La vida es buena.



Camino un rato y aparece el silencio. A lo lejos se escucha una radio, pero no alcanzo a distinguir quién hizo el gol.





Santiago. La gaita me guía hasta la catedral, y sigo por las callejuelas medievales hasta el Café Ceibe. Pido un americano cargado para despabilar pero no puedo evitar una tapa de raxo. Está sonando uno de los discos antiguos de Tortoise y al menos por un rato me siento como en casa. Le pido a la chica si puede echarle un ojo mis cosas mientras voy al baño (y reviso el buzón). De Álvaro no hay nada, pero me alegro al encontrar una carta de Sergio.

Amigo querido, ya es hora, me voy de Santiago. He perdido demasiado tiempo. Además tú sabes, nunca he logrado llegar a sentirme cómodo entre tanta iglesia y tanto espíritu santo. A estas alturas ya ni sé qué clase de fuerza me trajo originalmente por acá. Recorrer Portugal de sur a norte para besarle la cabeza a un santo ahora me parece tan estúpido, más aún porque al llegar a la catedral hice la fila para acercarme al busto y cuando era mi turno terminé pasando de largo. Es que sentí un pudor, sentí que traicionaba una parte de mí que desprecia toda esta pompa, todo este exceso. Además, si te soy sincero, en ese momento estaba más preocupado de ir a cogerme a la chica con la que he caminado las últimas semanas. Era la primera noche que dormiríamos decentemente en una cama de dos plazas, en una pieza sólo para los dos. Pero la excusa que me di a mi mismo fue que no era necesario hacer semejante acto de idolatría. ¡Mi destino es el fin de la tierra! Allá donde van a parar los muertos andantes, las almas que transmigran más allá del mar, los devotos de la Diosa, antes de que este peregrinaje, la vía de las estrellas, el reflejo de la Vía Láctea sobre la Tierra, fuera secuestrado por los malditos cristianos. Este camino es un rito, amigo, ¿sabías? Un juego de la oca, un secreto fielmente custodiado por los Templarios, una espiral que te lleva de vuelta al centro de ti mismo! Y cometí el error más grande al dejarme llevar por mis mezquinos deseos y aversiones y despreciar al apóstol que ahora no me deja salir de esta puta ciudad. 3 días llevábamos varados, ¡llegué a temer haberlo arruinado todo! Y tan cerca del final. Pero nos largamos hoy. ¡Ultreia, amigo! S.

En el Avante Galiza hay una mezcla de anarquistas de
mezclilla ácida ochentera con peregrinos jóvenes usando
cortavientos fluor igual de ochenteros y gente terneada y
arreglada bailando Ska-P bajo afiches de Lenin y la bandera
de la RDA. Mo Duncan ya se me ha presentado tres veces.
*There's more fun in a Glaswegian funeral than in a Edinbruh
wedding.* Me regala una de las tres cervezas que tiene en la
mano y se pierde entre los formales. *You might see me again
in five minutes.* Lo distingo bailando con una mujer menuda.
Por sus caras de ebriedad y amor asumo que es la señora que
me mencionó. *O povo é quem mais ordena.* Además del kilt y
del sporran abierto lleva unas Doc Martens de charol brillante.
Dentro de ti, ó cidade.

¡Vivan los novios! Suena Juan Luis Guerra. Pido una última
Super Bock. Mo abraza a una mujer que no es su esposa.
Me sube la bilirrubina.

Me largo.



La catedral da las ocho.
Me despierta el olor a café.

A lo largo del camino hay casas blancas, de piedra, de falso granito y de ladrillo sin pintar, hay rejas oxidadas que cuidan pastos que no han sido cortados en años, hay casitas con tejados caídos cubiertas de verde donde adentro siguen sentados en la mesa esperando que se haga el caldo, hay sillas de colores y barriles haciendo de mesa bajo parrones y alguien tomando café entrecerrando los ojos por el sol, observando a los niños perseguirse por ahí. Hay bichitos.

Hay hórreos olvidados y hórreos con las puertas recién barnizadas. Hay hórreos que parecen criptas.

Hay sombras bajo puentes y sombras de bosques, de descanso, de brisa. Hay peregrinos soñando con quemar sus zapatos al llegar a destino. Hay piedras.

Hay piedras cubiertas de musgo, piedras descascarándose de capas sobre capas de pintura, hay piedras rotas y hay grietas.

Alguien atiende su huerta y hay ropa secándose entre muros celtas, hay ciclistas solitarios y tierras de nadie. Hay tumbas cubiertas de flores que nadie puso ahí.

Hay casas sin ángulos rectos. Hay viejos que fuman en la ventana de casas pero de esas casas que no tienen tejado, y ellos tampoco están realmente ahí. Hay casas sin ventanas ni puertas ni techos ni muros. Hay puertas que están abiertas y siempre alguien espera con los brazos abiertos. Hay puertas abiertas donde siguen esperando.

Y más que nada hay tiempo. Hay mucho tiempo.

Hay senderos que se pierden entre tanto verde. Hay garajes vacíos donde alguien hace años barrió todo el polvo a una esquina, y hay muchas ventanas rotas. Hay fachadas de azulejos, la casa de Sara, la casa de Alba, la casa de Moncho.

Hay casas de tejas rojizas y galerías blancas, y pequeños balcones donde las flores han ido recuperando su lugar. En el bosque hay casitas, que no son de *meigas*. *Mais habelas*, *hainas*. Hay ruinas desde las que se tiran piqueros al mar.

Hay lagartijas, de las que se detienen en la mitad del camino a ver si pasa algo interesante. Hay musgos y helechos eternos. Hay gaviotas sin urgencia y hay reflejos tornasol.

Hay pajaritos que no paran de cantar, y moscas bailando y jugando a la escondida.

A veces hay silencio, o tal vez se escucha una brisa muy leve. A veces solo está el mar, muchas veces no hay absolutamente nada.

Hay una bota con claveles rojos.

Hay troncos cortados y podridos habitados por mil vidas.

Hay abuelas metiendo las patitas al mar y en la distancia hay dunas. Hay muchos pequeños consejos y clubes de remo.

Hay caminos costeros que te llevan hasta el fin del mundo.

Y al final del mundo hay un faro.

A mí el sabor que más me gusta es El fin del camino me recomienda Alicia. Está hecho de crema de tarta de queso, miel y nueces.

Ya va a cumplir dos años con el café, y eso de servir solo desayuno durante todo el día le ha resultado extrañamente exitoso. Igual sigue entrando gente preguntando por otras cosas, pero yo estoy bien haciendo huevos revueltos con palta. Más aún, en Fistera.



Hace un tiempo también empezó a vender sus cerámicas, pequeños perritos deformes, y a la gente le hace gracia venir hasta el fin del mundo para terminar comprando un perrito deforme oliéndose su propio ano o meando un arbolito.

Alicia no es de aquí, pero por su acento mezcla de palta, coño, eses pronunciadas, cantaíto, serrano, gusto por el mango, tampoco alcanzo a distinguir de dónde es. Creo que por cómo se ríe es de muchos sitios.

*Le compro un boston terrier haciendo caca con cara de esfuerzo. Busco su cuenta de cerámicas (perritos raros) en redes. Me dice la de ella *que esa si es cerrada* con una gran sonrisa.*

Le cuento de la banda, que se supone que tenemos una fecha pronto, y que si por esas casualidades anda por Madrid y tiene ganas, me escriba. Que feliz la pongo en la lista.

Descanso.

Sentado frente a una botella de agua y una ración de pimientos del padrón está Sergio. *¡Esta ciudad me juega tretas, no me quiere dejar partir!* me saluda dando un salto y abrazándome. *¡Todo porque no le toqué la cabeza al apostol!* Y ya me da pudor hacerlo. Le pido un doble a Helena y le saco uno que otro pimiento (siempre deseando que salga uno picante). *Me arrepiento tanto de no hacerlo. Y ahora ya no puedo. Ya no fue.* Sumo una ensalada de tomates. *Unos gringos dijeron que nos podían llevar ¡pero no entendieron nada los hueones y nos trajeron de vuelta a Santiago!*

Tomates en rodajas cortadas en cuartos.

Sal gruesa.

Aceite de oliva.

Por un tiempo indefinido estoy en una tarde calurosa en Casablanca, Yo La Tengo de fondo, y el dulzor de los tomates se mezcla con el ajo, el cilantro, el humo, los insectos y el viento desganado.



Me levanto y bajo a desayunar al Ceibe. *Tu amigo te dejó esto.* Helena me extiende un papel y se pone a hacer café. *Una barrita con tomate, y si te queda empanada de manzana, te acepto un trozo.*

Amigo, me largo. Me temo que una parte de mí se queda atrapada aquí en Santiago. Quién sabe en qué línea de tiempo estaríamos si lo hubiera hecho. ¡Ultreia, amigo!

Espero en el andén.

Me pregunto dónde nos encontraremos la próxima vez.



Este libro se terminó de imprimir en mayo de 2026 en Fotocopias Puerta del Sol, Madrid. Se utilizó papel reciclado de 80gr en interiores y Brizzato Annigoni Magnani Beige de 250gr en cubiertas. La composición tipográfica fue realizada en Moranga, en sus versiones Light y Light Italic.

